

**Inicio del Año Jubilar por los 300 años de canonización
de Santo Toribio de Mogrovejo (14-12-25)**
Homilía del Cardenal Carlos Castillo
(Transcripción)

“¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?”. Si Juan tenía algunas dudas de que aquella profecía que hemos leído en la primera lectura de Isaías se estaba realizando, porque veía los signos de Jesús, y le consternaba la posibilidad de que Él era, pero tenía dudas porque le quedaba una herencia larga, a Juan, de ser hijo de sacerdote, y que, por lo tanto, el signo que daba Jesús, los signos de los tiempos que inauguró Jesús, de que los ciegos vean, los cojos anden, los leprosos queden limpios, los sordos oigan, los muertos resuciten y los pobres sean evangelizados, todavía no cabía en él y, sin embargo, existían.

Hoy día nos podemos hacer esa misma pregunta: si el Señor que esperamos para esta Navidad sigue siendo el mismo que hizo ver a los ciegos, andar a los cojos, quedar limpios los leprosos, hacer que los sordos escuchen, hacer que los muertos resuciten y que los pobres sean evangelizados. ¿Estamos dispuestos a seguir creyendo en que sólo encontramos al Señor en el corazón de nuestra historia, por el lado de la caridad, el servicio, la solidaridad, la compañía, el hermanamiento, el sentido crítico, la amistad, la fineza, la dulzura?

¿Estamos dispuestos a reconocer que ya está presente el Señor, y en muchas de las obras de las hermanas, por ejemplo, que están aquí presentes, acompañando a los enfermos, dándoles su vida, ayudándonos unos a otros, y

propiciando una Iglesia que lo haga permanentemente y que no deje de dar ese signo como el fundamental?

¿Ese es el Señor que estamos esperando realmente? O tenemos una idea de Jesús que viene como una especie de rey potente que inaugurará el tiempo de la imposición, donde a todo el mundo lo “cuadramos” y lo volvemos bueno, aunque sea malo, y es como una especie de magia. Cuando eso simplemente es una imposición que no suscita esperanza, sino que quiere imponer el bien a costa de actitudes malas y actitudes agresivas.

Varias veces he contado ese chiste de Mafalda, en donde está una señora en la esquina con su hijita llorando, y da un palmo a la chica y le pega un cachetadón y le dice: “¡Paz!”. Y Mafalda volteá y dice “alegórica la señora”. ¿Cómo se puede anunciar la paz a golpes? Y es que lo que estamos celebrando hoy día, camino a la Navidad, y que también encuentra en Toribio la misma semejanza y sintonía con Jesús, es que la única manera de traer la paz al mundo es con la paz, esa paz que el Papa León XIV nos recuerda es desarmada y desarmante, y que implica suscitar, susurrar, hablar al oído, convencer.

Y parece que todavía no lo estamos consiguiendo en la Iglesia, porque el mundo se nos está volteando, no a la Iglesia, sino a los valores de Jesús. Noticias que nos vienen de algunos países de que hay invasiones militares, o de otros en que hay una sujeción a las poblaciones, enormes poblaciones, para recuperar la riqueza y amontonarla en nombre de Dios.

Las desgracias que hemos sufrido en los últimos años de todos los grupos católicos que han lucrado con los bienes de la Iglesia y han dejado de lado la caridad, o hacen una

caridad “finta” para hacerse propaganda y llenarse de plata también, pero no para compartir realmente y generar un pueblo sano que es resucitado de su situación de postración y de maltrato.

Toda la caridad que hacemos en la Iglesia es solamente un signo, un signo para que todos nos animemos a ser una sociedad caritativa y un mundo caritativo. ¿Acaso todavía no estamos diciendo?: “Acá lo que importa es que tú te confieses, salves tu alma y tú te salves, y no importan los demás”. Eso se llama individualismo espiritual. Todavía no nos convencemos de que lo único que muestra en la historia que Jesús es el que ha de venir, el que ya ha venido y vendrá a juzgar a vivos y muertos, es el que hace la caridad efectiva y transforma este mundo en una sociedad de hermanos.

La espiritualidad está profundamente ligada a la redención de la humanidad, y si no lo entendemos así, entonces, “redimimos” nuestra alma y nos importa un “bledo” la vida del Otro y del mundo. Todo este año hemos venido meditando - y lo meditaremos ahora en el año de Santo Toribio - esa unidad profunda que hay entre lo espiritual y lo humano, lo social, lo económico, lo político. Pero no para hacer de la Iglesia un departamento de economía, ni un departamento de política, ni de partidos, sino para que, recogiendo todo lo humano que tienen esos medios en la sociedad, lo humano se fortalezca.

Como dice hoy día también Santiago (5, 7-10): “*Fortalezcan los corazones*”. Estamos llamados a tener una paciencia para que eso se desarrolle, “la paciencia” de Jesús. Esa paciencia de Jesús que aguanta, que pudo, como dijo bien el Papa Francisco en su mensaje por el Señor de los Milagros, “pudo haberse bajado de la cruz y no quiso

bajarse”, para dejarnos el signo fundamental de la historia, que es el signo del perdón, de la misericordia, de lo más profundo de la humanidad, que es la humanidad de Jesús que viene y revela la divinidad de Él.

Por eso, hermanos y hermanas, seguimos esperando su venida, porque ya nos ha mostrado que el camino verdadero de la paciencia es el único que conduce a la paz. Y este tema, que es hoy día urgente, está siendo vapuleado por la frivolidad, la superficialidad, el apuro; pero está surgiendo en la humanidad un clamor profundo por hacer una humanidad realmente humana. Es lo que piden los jóvenes, es lo que piden los niños, es lo que pedimos los adultos: tener posibilidad de conversar, aclararnos entre nosotros, ayudarnos, y no zamarrearnos por aquí, por allá, o sobre todo creernos los buenos, aparentemente, hacer apariencia y pintarnos de buenos porque rezamos mucho, y después ser unos granujas por lo bajo y no quererlo reconocer.

Lo estamos viendo en todas las formas de dirigencias que tenemos hoy día, no solamente en el Perú, sino en el mundo y en la Iglesia también. “El hábito no hace al monje”; se es monje no por una ventmenta, sino porque se es amado por Dios y se aprende, así, a amar como Dios; pero el hábito no hace al monje. Todos los ropajes que hacemos son signos nada más, que acompañan el signo más importante, que es el amor real de Dios que nos trae Jesús; ese signo hace que no convirtamos los signos en adornos.

Hemos tenido experiencias en nuestra diócesis de Lima de que muchas obras de arte han sido trasladadas de un lado a otro. ¿Y para qué? Porque se piensa que es “más bonito”. Y resulta que esas obras de arte, en el convento o en la iglesia de donde vienen, tienen su historia y podrían explicar

muchas cosas de la comunidad cristiana o de la comunidad religiosa en que han estado. Pero no, se piensa que es mejor llevárselas porque hay que “adornar bonito”.

Esas cosas se nos han pegado a todos porque nos hemos olvidado de que todo lo que hacemos deja una huella, y es necesario retomar las huellas para comprender lo que somos y para mejorar humanamente, para rectificar, no para tapar lo que somos. El Adviento es un tiempo de conversión para reconocer que el Señor viene en esos detalles que son pequeños y el detalle de los pequeños. En la historia se ve claramente, en la historia de la salvación, en toda la Biblia, que Dios siempre elige a lo más insignificante para confundir a los que se creen.

Por eso dice que los últimos serán los primeros. Y Jesús es el último que viene y vendrá, pero nació último también. Fue generado en el vientre de María. Hizo posible que todos fijáramos los ojos en los acontecimientos invisibles, pero que están presentes y requieren de nuestra parte esos ojos, ese corazón que puede permitir percibir de dónde emerge la esperanza.

Y así fue Toribio. Toribio viene cuando hubo una pandemia. Había ya pasado la pandemia, pero había bajado la población. Algunos autores dicen que había once millones y Toribio encontró 800 mil peruanos. Todavía está por verificarse eso estadísticamente, pero una buena cantidad se había ido a la vida eterna.

¿Y qué hace Toribio? Se viene a pie a verificar qué estaba pasando. Y va por cada pueblo. Y para que vean ustedes como verdadero pastor —y eso lo ha dicho el Santo Padre en estos últimos días—, en primer lugar, no va a decirles: “Conviértanse a Dios, Jesucristo es la verdad. ¡Todo el

“mundo católico!”. Primero empezó a ver cómo estaba la situación de cada comunidad porque todos los que quedaban enfermos o que quedaban desolados por la muerte de los otros, estaban dispersos. Los empezó a reunir como comunidad antigua, como ayllu, para preguntarles: “¿Qué cosas hacemos en esta situación?”.

Escuchen ustedes los testimonios hasta ahora, si van a Chachapoyas o a alguno de esos lugares, en donde les cuentan cómo hacía Toribio. Reunía a la comunidad humana y solamente después de organizar la comunidad les va manifestando quién es él, qué cosa ha venido a traer y les anuncia el Evangelio. Entonces, humaniza y ahí sí cristianiza, pero no sin humanizar.

Nosotros somos al revés: “si no crees en Jesús, te condenas”. Así que le damos miedo a la persona, entonces, toda miedosa dice: “Sí, sí, sí”. Y después no sigue como persona, sigue solamente haciendo alabanzas y después no ayuda a su hermano. Esos errores han habido en la evangelización y estamos tratando en la Iglesia desde hace sesenta años, con el Concilio Vaticano II, de rectificar ese camino: comprender que al mundo se le habla primero en su lenguaje y se le va suscitando la fe poco a poco, con delicadeza, y humanidad, como lo hizo Toribio.

Y dado que está aquí la Virgen de Copacabana, vamos a resumir ese método con lo que hizo Toribio. Esta Virgen estaba en San Lázaro y no se llamaba de Copacabana, sino que se llamaba la Virgen del Reposo. Y en uno de los viajes de Toribio, que se fue, el virrey (creo que es García Hurtado de Mendoza), agarró a los indios de San Lázaro y se los llevó a la reducción. Y al llevarlos a la reducción, ellos se llevaron a la Virgen. Y lo que sufrieron ahí, reducidos, cuando eran

indios “adelantados”, lo que inclusive amargó a Toribio más todavía, porque, no eran, vamos a decir así, simples campesinos. Eran personas que habían sido, en el tiempo precolonial, personas dirigentes.

Y se fue Toribio a la reducción por una simple razón: la reducción de Santiago, esa que queda al final de lo que queda de la avenida Grau. Y entonces, ¿qué había pasado? ¿Por qué fue Toribio? Porque esa imagen había llorado. Y entonces, atendiendo el clamor del llanto de la Virgen por los indios, dijo: “Aquí salen todos”, y se vino con todos ellos.

Y por eso les pidió que le dejaran esta Virgen aquí, en la catedral, para hacerle su templo. ¿Por qué razón Toribio actuó así? Porque la imagen, la idea, la visión, lo que llamamos la advocación de la Virgen de Copacabana, es una advocación que se había hecho mundial desde Puno.

Ustedes ya han escuchado hablar de la playa de Copacabana, ¿no?, en Brasil. Esa es prolongación de la Virgen de los campesinos. No es que ese nombre viene del Brasil, va al Brasil desde Puno. Porque el drama de los campesinos en toda América, y también en el trato que los portugueses hicieron con los campesinos brasileños, fue terrible. Por eso, entonces, él la mantiene aquí en reserva, le dice su vida al virrey, devuelve a los indios a San Lazaro, a sus tierras. Después le construye el actual templo de Copacabana y recién traslada la allí.

Esta es la imagen que estaba antes en San Lázaro y ahora pasó con el nombre de nuestra Señora de Copacabana – que antes era Virgen del Reposo – y, por haber llorado, él la erigió en la patrona universal de los indios, siendo Toribio su protector. Esta delicadeza permanente de Toribio de fijarse en un problema y solucionarlo. Veinticinco años gobernó en

nuestra arquidiócesis y tuvo la maravilla, no solamente de ir pueblo por pueblo, tuvo la maravilla de aprender quechua y aymara en el poco que se conocía, en el barco, y después de usarlo para poder tratar con la gente.

Pero no solo eso: Toribio defendió a los indígenas de una manera muy sutil. En sus viajes les preguntaba y hacía legajos. Tomaba nota y todo lo mandaba a la corona quejándose del maltrato que existía. La gran contribución de Toribio es que exista un país que pueda creer en Dios y que pueda creer en Jesucristo, pero siempre sobre la base de que haya justicia y no que el cristianismo sea un adorno.

Hoy día, necesitamos hacer que, si somos cristianos, no sea un adorno, sino que efectivamente tengamos personas, pueblos, con felicidad, con trabajo, saliendo del hambre y de la miseria, y en donde todos podamos vivir como hermanos verdaderos. Por eso se habla del Perú como promesa. Lindo, ¿no? Porque también se habla de Israel como promesa. Dios hizo una promesa a Abraham, y esa promesa hemos de cumplirla convirtiéndonos todos y viviendo esta experiencia de pacificación que logró Toribio por su compromiso con la gente.

Sé que en todas las parroquias se están reuniendo para conversar preciosamente, 129 parroquias, y que la primera semana del año de Toribio, el 6 de enero próximo, se va a reunir nuestra segunda Asamblea Sinodal de Lima. Tendremos que ver qué forma tiene este fondo cristiano que tenemos todos. ¿De qué forma hacer la Iglesia? ¿Qué formas hay que cambiar? Una cosa, por ejemplo, que pasa mucho con todos los que quieren salvar su alma es que no conversan con el del lado. Incluso estando en comunidades

y en grupos en donde todos se ponen sus uniformes y sus medallas y el vecino no interesa.

“Nosotros rezamos - me decía una señora - si tenemos algún problema, rezamos para que la Virgen lo solucione”. Pero eso de visitar a la otra, enterarnos de su problema, decimos “no, ¿para qué?”. Tenemos una comunidad individualista. Tenemos que superar varias maneras de ser.

Igual cuando los curas decimos: “Aquí kermés y tanta plata se obtiene!. Y si no se obtiene, entonces cerramos la Iglesia!”. Tenemos que cambiar esa Iglesia de arriba abajo, donde todo se ordena y nadie opina. Aquí opinamos todos, porque todos somos importantes. Esa es la Iglesia de Toribio: hizo hablar a su pueblo, lo acompañó lo escuchó y lo comprendió. Y por eso dejó una huella imborrable, porque lo amó.

Y termino con esa anécdota. Fui a visitar Chachapoyas como primer pueblo antes de asumir, porque fue en febrero, cuando me nombraron arzobispo, y fui después ordenado el dos de marzo. Y el obispo me dice: “Tome mi báculo”. Entonces yo le digo: “No, monseñor, usted es el jefe aquí”. Pero el obispo de Chachapoya insistió y, en la misa, con toda la gente dijo: “Ahora sí, acepta el báculo”, : “Porque aquí, en Chachapoyas, no llega un arzobispo de Lima desde hace 400 años”. El último había sido Toribio.

Esto es muy importante porque Toribio ha dejado una huella, y esa huella es porque realmente pasó por el corazón, la vida, el palpitarse, las búsquedas y las esperanzas de nuestro pueblo. Todo sacerdote, en ese sentido, es un obispo. Somos pastores, somos ministros, y necesitamos inspirarnos en el Pastor que nos dio la luz, que fue fiel a Jesús en todo momento, a ese Jesús que recordamos en la

Navidad, comportándose siempre como un pequeño, y como un adulto con sensibilidad por los pequeños. Todos los que, a veces, alardeamos y nos creemos un poco más de lo que somos, tenemos que entrar en ese proceso de conversión.

Que Dios nos bendiga todo durante ese año y que, al finalizarlo en el 2026, al empezarlo con unas sugerencias y decisiones juntos, podamos aplicarlas y hacer de nuestra Iglesia una Iglesia linda, que aliente siempre a su pueblo y que pueda transformar por completo, por medio de la educación humana y cristiana, la vida de este pueblo, con gente honesta que la dirija y para que nadie nos siga destruyendo con leyes contrarias a la vida y a la paz de nuestro país como aun ocurre.

Amén